

“Los buitres” – Ángeles Vicente: *Los buitres. Cuentos. Madrid: Librería Pueyo, 1908.*

Le seguimos en silencio, cogidos de la mano, y penetramos en un cuartucho vacío, con las paredes desconchadas y grandes ventanas sin vidrios ni maderas.

Despuntaba el alba.

Una vez dentro, el Doctor, que nos guiaba, se volvió hacia nosotros:

-Comprendo -nos dijo- que esta peregrinación al través del sueño, os aterrorice. El poder escudriñar todo aquello que piensan los hombres de bueno y de malo, el poder prever lo que urdirán mañana en defensa de sus ideas o de sus preocupaciones, tiene algo de espantosamente extraordinario.

- ¿Y dónde estamos?- pregunté intranquilo.

- Os lo explicaré. ¿Pero tembláis? ¿Sentís frío? ¿Tenéis miedo?

En efecto, temblábamos, dando diente con diente, y en la cara de mis compañeros se reflejaba el mismo temor, la misma inquietud que yo sentía.

- ¿Dónde estamos?- insistí.

- Pronto lo sabréis, pero ante todo quiero demostraros que soy superior a los demás hombres, quiero enseñaros lo que sois y lo que deberíais ser. Figuraos que con mi descubrimiento, podremos ver al través de los muros, podremos penetrar lo impenetrable. Yo hago lo que quiero con la materia: he descubierto la fuerza superior que todo lo gobierna, por una ley de transformaciones y evoluciones. Sobre mí, ya no hay nada, no ignoro nada.

Por un momento creí que el Doctor estaba loco. Mis compañeros callaban y se miraban asombrados.

Un miedo supersticioso se apoderaba de nosotros al vernos aislados ante aquel hombre extravagante, en aquella casa, lejos de poblado, sólo frecuentada de innumerables buitres. que entraban y salían por las ventanas.

-¿Me comprendéis? ¿Os dais cuenta de la importancia de mi descubrimiento? -continuó el Doctor-. Ni más ladrones, ni más asesinos, ni más castigos. Las enfermedades serán eliminadas, porque se conocerá su causa, y evitada la causa no existirán los efectos. Las anormalidades psicológicas y nerviosas cederán disciplinadas, de manera que tendremos un aumento notable de buen sentido y de perfección. ¿Os parece poco?

Evidentemente, -pensé- el Doctor padece una monomanía. Hace quince días que me persigue con el cuento y con la pertinaz ostentación de su descubrimiento maravilloso. ¡Si eso fuera posible! Es cierto que...

Interrumpió mis pensamientos. Abrió una puerta casi escondida en el muro, y con el tono más inocente del mundo, nos dijo:

- Entrad...

Obedecimos, y nos encontramos en un pasadizo, lóbrego y húmedo. Animales raros y hediondos dormitaban en jaulas que cubrían las paredes.

Un olor desagradable de algo selvático nos obligó a contraer la cara con repugnancia.

-Adelante... -insinuó el Doctor hipócritamente, y abriendo otra puerta nos introdujo en una especie de laboratorio, lleno de aparatos e instrumentos extraños.

Alineados en perfecto orden, a lo largo de los muros, se destacaban numerosos frascos de vidrio que contenían, conservados en alcohol, abortos misteriosos, de todas formas y dimensiones, violáceos, amarillos, blancos...

-Ahora oídme -continuó después de cerrar satisfecho la puerta-. El cerebro del hombre es el mayor, el más terrible foco de infección de la misma humanidad. El cerebro de la bestia, con relación al sistema cerebral humano, ofrece la ventaja de que aunque piense no traduce en actos filosóficos sus pensamientos. En cambio, el hombre tiene necesidad de esta transformación de su fuerza activa en fuerza expansiva... Entonces... ¿Comprendéis?

Y clavaba en mí sus ojillos grises, metálicos, como si quisiera leer en mi interior todo cuanto yo pudiese pensar de él, de su descubrimiento, de su casa, de sus bichos, de sus abortos y de sus ideas. Parecía mirarnos con lástima y con desprecio al mismo tiempo. Sus palabras me producían una impresión extraordinaria. De pronto me preguntó:

-¿En qué piensas?

-En... nada...

- Dilo con franqueza.

- Pero... No sé ... Estoy atontado ... Pensaba ...

Se sonrió. Comprendí que se burlaba de mí, pero no me importaba: mi único deseo era plantarlo cuanto antes, sustraerme a su dominio, a su fascinación diabólica y absorbente.

Mis compañeros callaban y observaban.

- ¿Veis esos frascos? - prosiguió el Doctor- . En ellos guardo el producto de mis experimentos, la comprobación de que el cerebro del hombre es un terrible foco de infección, porque precisamente de él han salido todas las miserias de la tierra, todas las maldades, todas las tiranías, todas las iniquidades humanas; él lo ha infestado todo pensando las cosas más absurdas, combinando mil disparates, atribuyéndose todo poder, tomándose como término de parangón de cuanto existe y de cuanto no existe, caminando de desatino en desatino al pretender remediar con su alocada fantasía las miserias por él creadas, la fatiga cotidiana de tener que obedecer y bajar la cabeza para no ver más que el suelo y vivir siempre entre los mismos objetos y las mismas personas, sin llegar siquiera a entenderse con ellas. Vosotros sois para mí una cosa cualquiera, como el primer cachivache que encuentro a mano, desde el momento en que, como a él, os puedo manejar a mi

antojo. Sí, todos sois iguales, con los mismos defectos y las mismas virtudes. ¡Dios nos libre de las virtudes de los hombres! ...

Calló un momento.

-Sin embargo... - advirtió- ¿Quién puede negar una excepción?... Tal vez vuestro cerebro... Dejad que satisfaga una curiosidad... Necesito vuestro cerebro... El vuestro... pudiera ser ...

Retrocedí asustado. Mis compañeros se miraron unos a otros sin decir palabra.

-No tengáis miedo -añadió-. Es cosa de un momento. No padeceréis y recobraréis enseguida vuestro actual ser y estado. Ven aquí, - me dijo- tiéndete en esta cama. Así, ¡valiente! No temas. Te sometes voluntariamente, ¿no es cierto?

Contra mi voluntad, pero sin podérmelo explicar, obedecí a aquel verdugo científico. Él continuó mirándome y me cogió la cabeza entre las manos:

- No tengas miedo.

¡Tac! Sentí un golpe rápido: me había descubierto el cráneo con un bisturí. No padecía, en efecto. Oía su voz. Sentía sus manos. Por último, percibí una impresión de frío, y la sangre fue hielo en mis venas...

Entonces vi que se inclinaba hacia mí examinando con afán mi cerebro y que su rostro se contraía con expresión de cólera:

-Todos lo mismo! -gritó--. ¡Todos la misma roña! ¡Es una maldición!...

Intenté incorporarme.

Imposible.

-¿Qué haces?-rugió al darse cuenta de mi intento.

-¡Estúpido! ¡Cretino!

Permanecí inmóvil.

Me extrajo los ojos suavemente y cortó los nervios con un golpe brusco.

Quedé en tinieblas. Un sudor frío bañó todo mi cuerpo. Sentí un nudo en la garganta y no acerté a explicarme cómo yo podía pensar aún, por qué había de ser pasivamente juguete de aquel hombre que me descomponía a su antojo como a una máquina cualquiera, después de haberme atraído sagazmente a aquella carnicería.

Me acarició y me enjugó el sudor.

Después me dejó en paz, y repitió la misma operación con mis compañeros. Ninguno se opuso ni dijo una palabra.

De pronto nos vimos transformados: ya no éramos hombres, éramos buitres, nos sentíamos dotados de una ligereza especial, con un deseo de comunicarnos, de hablarnos sinceramente, con una necesidad de volar, de extender unas alas enormes por una inmensidad maravillosa... Ya no pensábamos; nos dejábamos llevar de nuevos sentidos más perfectos que se despertaban en nosotros bruscamente ... Nos elevábamos a lo alto, muy alto, altísimos ...

-¡Qué felicidad! Respirar aquel aire de libertad, atravesar la capa de plomo que pesa sobre nosotros oprimiendo nuestras cabezas...

Desde allí arriba, nuestra carcasa se nos aparecía más miserable aún, abandonada en aquella habitación repugnante.

Por último, extendimos nuestras alas negras y puntiagudas; parecía que una voz interior nos gritaba: “¡Adelante! ¡Adelante! ¡Siempre adelante! ¡No miréis atrás! ¡No bajéis la cabeza! ¡Adelante!”

Pero el Doctor nos llamó con un gesto imperioso de tirano. Obedecimos y descendimos.

Me arrancó las alas, me acomodó los ojos en las órbitas, y después de coserme el cráneo me ayudó a levantarme y me dijo:

-¡Mira! Tu cuerpo es una máquina, nada más que una máquina. Cuando tu espíritu te abandone te volverás un buitre, un ratón, un animal cualquier... La modificación material no tiene importancia. Lo esencial está en el espíritu, y tu espíritu es una fuerza adaptable a cualquier motor, como el vapor o la electricidad... Puedes irte.

Me acompañó hasta la puerta, y una vez allí, me miró con aire de compasión.

-¡Todos sois iguales! – exclamó-. Tu libertad está muy lejos. Sigue tu camino, y si alguien se interpone en él, piensa que puedes luchar con los dientes, que no solo para comer el pan sirven...